

base el amor más entusiasta, y por ley la adhesión más pura y ardiente! Tal es el imperio que María anhela conquistar, y que felizmente ha conquistado ya sobre vosotros. Por lo demás, amadísimos oyentes, las ventajas, el honor y la felicidad, son todas nuestras. María no recibe, sino da. Y ¿pensaremos nosotros hacer mucho correspondiendo según la pequeñez de nuestras fuerzas á los dones recibidos de su mano? Pues, á esta misma correspondencia nuestra, con no ser más que el pago incompleto de una deuda, está dispuesta nuestra buena Madre á vincular inmensos bienes de toda clase, espirituales y temporales, según lo tienen experimentado siglos hace la Iglesia y la sociedad cristiana. Sábelo también por propia experiencia Colombia, donde la devoción á Nuestra Señora del Carmen es verdaderamente popular, cual ninguna otra; sábelo especialmente Bogotá, donde millares de fieles hacen gala de vestir la librea de María, y, cual verdaderos hijos, redoblan de año en año sus esfuerzos para que las manifestaciones de su devoción sean sobre manera espléndidas y dignas de su objeto. ¡Plegue á Dios que, por premio de tan noble entusiasmo religioso, se vean reformadas en todas las clases las costumbres, afianzada la paz doméstica, consolidada la tranquilidad pública, remediadas todas las necesidades, asegurada en vida y muerte la felicidad, gracia que á todos os deseo!¹

¹ Regina mundi dignissima, Virgo perpetua, intercede pro nostra salute (Eccl.).

SEGUNDO PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

(predicado en la catedral de Bogotá, el 16 de julio de 1896).

María, obra maestra del Criador.

Ego ex ore Altissimi prodivi, primogenita
ante omnem creaturam.

Eccl. 24, 5.

1. Si pudiera caber duda, respetabilísimo auditorio, sobre cuál de todas las criaturas, angélicas y humanas, ocupa el primer asiento en el inmenso teatro de la creación, la festiva solemnidad que celebramos en este gran día con la pompa ya antigua y siempre nueva (permitidme parodiar á San Agustín), bastaría para sacarnos de ella, quedando para siempre resuelta la cuestión. ¡Magnífico golpe de vista el que hoy presenta esta grandiosa basílica, más orgullosa por las eminencias que la han ilustrado que por la altivez de sus arquerías y la arrogancia de sus bóvedas! ¡Bellísimo espectáculo el que hoy se ofrece á los ojos del piadoso concurso que ve desde las anchas puertas del gran templo, ricamente decorado, alzarse allá en el fondo, en artístico trono de luz, oro y selería, la imagen de Aquella que, siendo imán irresistible de los corazones, es foco á do convergen todas las miradas, y objetivo donde se reúnen todos los afectos; la imagen, digo, de la gloriosísima Virgen, Nuestra Señora del Carmen. ¡Qué afán, no visto en otros días, el que hoy agita á millares y millares de fieles por honrar á Aquella que nadie puede dignamente honrar, á la augusta Virgen, en su popular y dulcísima advocación! ¡Qué flujo y reflujo de personas de toda condición, edad y sexo, desde las más humildes hasta las más encumbradas en

la esfera social, ondulando al pie del trono de la Reina del Carmelo, dueña de todos los corazones en esta su predilecta Bogotá!

2. Y ¿qué demuestra toda esta magnificencia de cultos, todo este lujo de amor y de piedad consagrado á una pura criatura, á la modesta flor de Nazaret, á la nubecilla del Carmelo? ¿Qué, sino la incomparable preeminencia de esta Virgen sobre todas las criaturas que pueblan cielo y tierra? ¿No es éste un argumento irrefragable de la verdad de las proféticas palabras de María, contestando al saludo de Isabel: *He aquí que en adelante me aclamarán dichosa todas las generaciones*¹? ¡Sí, dichosa y mil veces dichosa la llamaron los diecinueve siglos transcurridos; dichosa la proclaman hoy mismo todos los pueblos del globo, desde Roma hasta la Tierra del Fuego; dichosa la seguirán llamando hasta el fin de los siglos, todas las tribus y naciones, porque su nombre es cada día más glorioso, y su culto extiende cada vez más sus ramas por toda la redondez del universo! Y esta unánime y entusiasta aclamación ¿á quién atañe de derecho sino á la criatura única, á la que puede decir sin presunción: *Salí de la boca del Altísimo, como Primogénita entre todas las criaturas*²?

3. ¡Singular prerrogativa de esta felicísima criatura, no sólo ser dichosa como ninguna otra puede serlo, sino ser fuente de dicha y alegría para todos cuantos se le acercan, la rodean y festejan! ¿No lo experimentáis así vosotros mismos, devotos de María, fervorosos servidores de Nuestra Señora del Carmen? ¡Oh! y ¿quién podrá sondear el abismo de gozo en que hoy se inunda, más que ningún otro, el corazón del pia-

¹ Luc. I, 48.

² Eccli. 24, 5.

dosísimo Capellán de María¹? Pues tan excelsa grandeza no puede menos de estimarse destello fulgentísimo de la divina omnipotencia: *Fecit mihi magna qui potens est*². Y, como el poder divino tiene por campo de actividad la creación, digamos de una vez y sin ambages que «María es la obra maestra del Criador», siendo, en efecto, la primera en la mente divina, la más perfecta en el cuadro de todas las criaturas, la más admirable en su existencia terrestre, la más importante en la vida secular de la humanidad: *Primogénita entre todas las criaturas*. Tal es, en compendio, el asunto que me atrevo á poner delante de vuestra benévola consideración, ya que no me siento capaz de desarrollarlo, porque compréndese á simple vista que acometería una empresa temeraria. Pero ¿qué he de hacer, amadísimos oyentes, á fin de llenar mi difícil cometido, sino acogerme á la grandeza de María para disimular mi propia pequeñez? ¡Ah! diré yo, dirigiéndome á esta Virgen benignísima con las elocuentes frases de San Ildefonso de Toledo: «Señora y Reina mía, Madre de mi Señor, el Hacedor del mundo, te pido, te ruego, te suplico me alcances el espíritu de tu Hijo y Señor, para que sepa sentir dignamente de tí y alabarte cual mereces: *ut de te vera et digna sapiam, vera et digna loquar.*»³ *Ave María*.

I.

4. Así como place contemplar la belleza de los astros, aunque situados á tantos millones de leguas de nosotros, así se regala el espíritu del verdadero cris-

¹ El Dr. D. Francisco J. Zaldúa, canónigo de la S. I. Catedral.

² Luc. I, 49.

³ *Ildephons.*, archiep. Tolet., ex libro Virg. B. M., in Breviario.

tiano contemplando, aunque á distancia infinita y á través de las sombras de nuestra ignorancia, la perfección sobreexcelente de María. ¡Cómo vierte sangre el corazón católico al ver la estúpida indiferencia con que es mirada la soberana Señora por ciegas y desventuradas sectas, que tienen la arrogancia de apellidarse cristianas! Para nosotros, amadísimos hermanos, como para cualquier inteligencia medianamente instruída en los dogmas fundamentales del orden sobrenatural, María será siempre tal como la contempló el Discípulo Amado en la famosa visión de Patmos: *una mujer, tipo ideal de belleza, revestida del sol, con la luna debajo de los pies, y ceñida la cabeza de una corona de estrellas*¹: es decir, la criatura más grande, la más noble, la más perfecta que cabe imaginar, la obra maestra del Criador, ante la cual palidece el fulgor de las estrellas y se abate la majestad del astro del mediodía.... Para nosotros que tenemos la felicidad de poseer la verdad religiosa toda entera, la perfección altísima de la Virgen soberana, de la Madre verdadera del verdadero Dios, y Madre clementísima de la humana prole, no necesita de pruebas propiamente dichas, porque esa perfección es simplemente el corolario del eminente puesto que ocupa María en el plan divino de la Redención, es la dote con que ha debido enriquecerla el Padre todopoderoso para desposarla con su mismo Espíritu y hacerla digna Madre de su propio y consubstancial Hijo Unigénito. Porque, como expone dogmáticamente el oráculo infalible de la Iglesia, el Papa Pío IX de gratísima recordación para los devotos de María, «era absolutamente necesario, como por ley de decoro de

¹ Apoc. 12, 1.

la Divinidad, que resplandeciese siempre adornada de los más brillantes esplendores de la santidad aquella Madre dignísima, á quien Dios Padre había decretado dar por hijo propio y verdadero á su Unigénito, engendrado igual á sí, de su misma substancia y amado como Dios se ama á sí mismo»¹. Así se expresa, por la voz del gran Pontífice, el sentido común del cristianismo, la lógica inflexible de la religión, el sentimiento católico; y, ciertamente, no necesitamos de otras bases para cimentar el trono de grandeza que ocupa la excelsa Virgen en nuestro concepto y en nuestro corazón.

5. Pero, si la inteligencia está plenamente satisfecha con lo expuesto, no lo está, ni puede estarlo el corazón cristiano. ¡Ah! ¡qué dulce es para el que ama contemplar de hito en hito y por todos aspectos el semblante adorado! Detengámonos, pues, siquiera algunos instantes en la adoración extática de las perfecciones de nuestra adorada Virgen, de Nuestra Señora del Carmen. ¡Dios mismo se complace desde toda la eternidad en contemplarla!² Ved ahí, pues, una criatura humana que excede en perfección á todas las criaturas angélicas, creada en el tiempo, sí, *en la dichosa plenitud de los tiempos*³, pero concebida allá en los albores de la eternidad, *antes de todos los siglos*⁴. *No existían aún los abismos*, el cielo y la tierra no habían salido del caos de la nada, y Ella vivía ya, al lado de la Sabiduría increada, en la mente divina⁵. ¡He ahí una

¹ In bulla dogmat. «Ineffabili Deus».

² Tantoque præ creaturis universis (ineffabilis Deus) est persecutus amore, ut in illa una sibi propensissima voluntate complacuerit (ubi supra).

³ Ibid.

⁴ Eccli. 24, 14.

⁵ Prov. 8, 24.

criatura, por cuyo respeto y para cuyo servicio fueron hechas todas las demás! No lo dudéis, hermanos míos: por eso, mejor que al venturoso José, adoran á María el sol, la luna y las estrellas¹. En efecto, ¿cuál fué el designio del Altísimo en la creación? ¿No fué la gloria de su nombre? ¿no fué que todas las hechuras de sus manos, cada cual en la esfera de su naturaleza, le tributasen homenaje de reconocimiento, amor y adoración? Así lo comprendió el Profeta cuando dijo en uno de sus Salmos: *Los cielos pregonan la gloria de Dios, y ser obra de sus manos anuncia el firmamento*²; y: *¡Oh Señor y Dios nuestro! ¡cuán admirable es tu nombre en la redondez de la tierra!*³ Para hacer brillar su gloria en las criaturas, puso el Criador en cada una de ellas un reflejo más ó menos vivo de sus soberanas perfecciones: en los espacios celestes, el reflejo de su inmensidad; en la duración de los siglos, el de su eternidad; en el océano, el de su plenitud; en el sol, el de su fecundidad; en el hombre, el de su inteligencia; en el ángel, el de su bondad; y todas las criaturas son reflectores de la luz divina.... ¿Quién nos mostrará el bien? pregunta el Real Profeta⁴: *La luz de tu rostro, Señor, sellada en nosotros*. Y en estos vívidos reflejos, en estas huellas luminosas marcadas por el paso del Criador en el campo de la creación, no puede menos el ser inteligente de vislumbrar la grandeza y sabiduría y bondad infinita del Ser incomprendible. Y al reconocimiento de la infinita majestad del Ser divino tienen que seguir la admiración, el himno de alabanza, la adoración de sus criaturas.... Y así queda cumplida la

¹ Gen. 37, 9.² Ps. 18, 1.³ Ps. 8, 1.⁴ Ps. 4, 6. 7.

voluntad del Criador, al subir hasta su trono el incienso de su gloria. En este orden maravilloso, María habría ocupado el primer puesto, aun dado que no hubiese tenido lugar la Redención, porque ella habría reflejado mejor que ninguna otra criatura los atributos de la Divinidad: habría sido, pues, la más perfecta en cualquier orden. Sin embargo, hermanos míos, vosotros sabéis por la historia y por la revelación, que este hermoso plan divino fracasó por un momento, y aun se habría estrellado eternamente en la malicia de Satanás y en la debilidad de Adán, si el misericordioso y sapientísimo Hacedor no hubiere acudido al reparo de la universal caída por un nuevo designio todavía más maravilloso y sublime que el primero. Tal fué el decreto de la Encarnación del Verbo en el seno virginal de una purísima doncella, nacida de la raíz dañada, pero exenta de infección. He aquí un nuevo orden de cosas, el de la reparación por la gracia. Y aquí es donde aparece de lleno la perfección y belleza de la Primogénita de las puras criaturas. Porque, excepción hecha de Aquél que es más que criatura, del Hombre-Dios, cuya figura se destaca en la mente divina y en el panorama de todos los seres creados, dominando los espacios y los tiempos, como dueño de la eternidad, ninguna otra criatura, en cielo y tierra, ha dado ni ha podido dar mayor gloria al Criador: ninguna, como la escogida para ser Madre del Verbo reparador y glorificador, ha brillado en las cumbres altísimas de la divina predestinación con tan vivos resplandores. Esto significa la salutación enviada á la Virgen desde el cielo por ministerio de Gabriel: *Ave, gratia plena!*¹ Sí,

¹ Luc. 1, 28.

dice el Doctor San Sofronio: «Ninguno, como tú, ¡oh María! ha sido elevado á tan alto grado de magnificencia; ninguno, como tú, ha brillado con tanta lumbre de cielo; ninguno, como tú, ha sido exaltado sobre toda excelsitud.»¹ «Por eso, concluye el elocuente Padre, una vez y otra te saludaré con toda la vehemencia de mi corazón: Dios te salve, llena de gracia.»²

6. ¡La gracia! he ahí la perfección, la belleza, la sobreexcelencia de María entre todas las criaturas. Perfectísima por naturaleza, como en quien agotó el Hacedor todas las perfecciones correspondientes á la condición del ser humano, eslo todavía más, excediendo todo cálculo, en ese orden que se llama sobrenatural, constituido por el ser de la gracia. Y es en este orden, infinitamente sublime, donde debemos colocarnos para admirar las excelencias de María, criatura más que humana, más que angélica, y, si fuese permitida la expresión, diríamos casi divina. Dícelo en términos equivalentes, la Cátedra de Pedro. Oíd de nuevo á Pío IX, el Grande. «Habiendo Dios escogido á María para la dignidad de Madre de su Verbo, puso en ella tanto amor, sobre todas las criaturas, que, cual si no hubiera otra, en ella sola tuvo sus inefables complacencias. Por lo que, dejando muy atrás á todos los santos y á los mismos espíritus angélicos, la colmó de tanta abundancia de celestiales dones, sacados del tesoro de la Divinidad, que, haciéndola toda hermosa y perfectísima y exenta de la más leve mancha de pecado, vino á quedar adornada de tal plenitud de inocencia y santidad, que no puede concebirse otra mayor después de Dios; y tan excelsa y soberana que, fuera del mismo

¹ S. *Sophron.*, Hom. in Deipar. Annunt.

² *Ibid.*

Dios, no hay quien pueda alcanzar esa grandeza con el pensamiento.»¹ Renunciemos, pues, amadísimos hermanos, al empeño de formar un concepto imposible de las excelencias de aquélla, cuya perfección sólo Dios es capaz de conocer; y colocados en terreno menos escabroso, pasemos á contemplar los prodigios que se multiplicaron en derredor de su existencia terrestre.

II.

7. Á la vida ideal de María en la mente divina debía suceder su vida real, terrestre, precedida, eso sí, de una magnífica expectación, de una existencia profética y simbólica. ¡Cuántas prerrogativas otorgadas á la criatura singular! ¡Qué cúmulo de grandezas, cual no cuenta ningún otro personaje histórico, que no sea el Salvador del mundo! Tal es la segunda fase por donde debemos admirar la excelencia de la humilde y prodigiosa Virgen del Carmelo. ¿Qué mucho la viera el gran celador de la gloria del Dios de Israel, el incomparable Elías, bajo la forma de blanca nubecilla suspendida sobre el Mar Mediterráneo, si la vieron y anunciaron claramente, aunque en diversas y poéticas figuras, los más insignes profetas? Hable por mí el ilustre obispo San Tarasio. «¿De qué alabanzas colmarémoste, oh María? Tú eres el espejo de los profetas, y la realidad de lo que ellos anunciaron. Á ti Ezequiel te llama puerta cerrada, á sólo Dios abierta. Á ti el grandilocuente Isaías te designa en la vara de Jesé, de la cual nacerá la flor de Cristo para plantar en el campo de las naciones el conocimiento de Dios. Á ti Jeremías te anunció, vaticinando los días venideros de

¹ L. c.

la nueva Alianza; á ti, para abreviar, el varón de de-
seos, el célebre Daniel, te proclamó montaña excelsa,
de la cual había de cortarse la piedra angular, Cristo,
demoledor del simulacro de la infernal serpiente.»¹ ¡He
ahí á María viviendo en la tierra cuarenta siglos antes
de aparecer sobre el horizonte de la historia! Y no
sólo las esperanzas del pueblo que aguardaba impaciente
á su Mesías, al Hijo de la Virgen, sino las tradiciones
universales, esparcidas y conservadas en todos los pue-
blos, la puntualizaban con inequívocas señales; todas
las generaciones pensaban en ella, saludándola de lejos
como la aurora del gran día de la salvación².

8. Y despuntó la aurora; y María nació más pura
y más hermosa que la luz nacarada del oriente. ¡Qué
océano de luces baña la cuna de la recién nacida hija
de Ana y de Joaquín! ¡qué celestiales músicas se di-
funden por todo el contorno! ¡qué fragancias se espa-
rraman por doquiera! ¡qué alegría se apodera de la
multitud! ¡qué júbilo se siente en toda la naturaleza!
Nada de esto nos dice el Evangelio; pero nada más
cierto, hermanos míos, si hemos de discurrir cuerda-
mente sobre los principios de la razón y de la fe.
Pues ¿cómo no habían de saludar los cielos y la tierra
á la real princesa que venía á empuñar en su tierna
manecita el cetro de la creación? Y ¿no sabían ya los
ángeles el gran portento obrado en la Concepción in-
maculada de esta niña? y ¿no adivinaban sus altísi-
mos destinos? y ¿no sentían bramar al dragón en los
antros infernales, quebrantada la cabeza por la Virgen
sin mancilla?

¹ S. Thar., De præsent. Virg., in Breviar.

² Ag. Nicolás, La Virgen María y el plan divino.

9. Mas si el oriente de esta reina fué tan refulgente,
¿cuál no había de ser su cenit y mediodía? Corramos
por la vida de María, como corre el sol, á nuestros
ojos, avanzando á paso de gigante, por la bóveda azu-
lada. La Virgen de Nazaret, desconocida y todo de
su mismo pueblo, sólo admirada de los ángeles, á quienes
el Eterno ha confiado su custodia y servicio, llega al
momento señalado por la mano del Altísimo para la
realización del gran misterio. ¡Dios en persona va á
descender á la tierra! ¡María va á ser su tabernáculo
viviente! ¡*El Verbo se hizo carne, y habitó* en el seno
de María!¹ ¡Prodigio de abatimiento y de bondad por
una parte, asombro de elevación y dignidad por otra!
Los prodigios se multiplican aquí hasta lo infinito; la
naturaleza, obediente á la voz de su Criador, ve dero-
gadas sus leyes², y María es el teatro de la Omni-
potencia. *Hizo en mí cosas grandes el que es todo-
poderoso*³. ¡He aquí á la Primogénita de todas las
criaturas, unida tan estrechamente á la Divinidad como
puede estarlo una madre al hijo, formado de su sangre
y que respira con su mismo aliento! No puede subir más
la dignidad ni la excelencia y perfección de una criatura.

10. Pero, si no más arriba en dignidad, María, al
llegar al ocaso de su vida terrestre, va á subir á la
más alta cumbre de la gloria y bienaventuranza en las
alturas del cielo. Mas esta gloria, esta grandeza, diré
con San Bernardo, ¿quién será capaz de describirla?
*Christi generationem et Mariæ Assumptionem quis
enarrabit?*⁴ ¿Quién alcanza á imaginar, continúa di-

¹ Io. 1, 14.

² Mirabile mysterium etc. (Eccl. in offic. Circumcis. Domini).

³ Luc. 1, 49.

⁴ Serm. 1 de Assumpt. B. M. V., in Breviar.

ciendo el mismo Padre, la gloria de que iba rodeada en aquel día la emperatriz del mundo, y el entusiasmo de aquellas legiones celestes al salirle al encuentro, y los cánticos con que fué llevada al trono de la gloria; pero, sobre todo, con qué rostro de dulzura, con qué serenidad de faz, con qué abrazos tan estrechos fué recibida por el Hijo y ensalzada sobre toda criatura, con tales honras como eran debidas á tal Madre, y con aquella pompa que á la dignidad de tal Hijo convenía?¹ Y, para que nada faltara á la grandeza incomparable de su gloria, María sube á las alturas y es colocada en el trono del empíreo, no ya solamente en espíritu, sino en cuerpo y alma juntamente, anticipándose para ella el plazo de la universal resurrección, y quedando aquella carne purísima y virginal más incorrupta en el sepulcro que el incorruptible cedro del Líbano. Pues *¿cómo había de invadir la corrupción*, discurre el Damasceno, *aquel cuerpo que concibió la vida misma?*² Ved aquí, amados oyentes, descrita á grandes rasgos solamente, como las circunstancias lo permiten, las estupendas maravillas que forman la cadena de oro de los hechos de la Virgen, admiración de las edades y encanto de los corazones. Mas, no debo dejar sin mención aquel otro maravilloso fenómeno del culto tributado á la Madre del Salvador en tiempo que aun peregrinaba mortal sobre la tierra. ¡Honra inaudita, á sola esta criatura reservada! Y no tengo necesidad de decirlo que todos vosotros sabéis perfectamente, y que es uno de los principales motivos de vuestra devoción á Nuestra Señora del Carmen: aquel culto religioso,

¹ Serm. 1 de Assumpt. B. M. V., in Breviar.

² Orat. 2 de Dormitione B. M. V., apud Breviar.

tributado á María por los discípulos de los profetas, y primeros cristianos, tuvo por teatro las deliciosas pendientes del monte santificado por la mansión de Elías y Eliseo, el famoso Carmelo, bajando de allí á extenderse por todas las regiones de la tierra.

III.

II. Es manifiesto, hermanos míos, que tal cúmulo de grandezas y maravillas, agrupadas en derredor de una pura criatura, la subliman sobre todas, colocándola en el trono más elevado de la creación visible é invisible. ¿Puede añadirse algún título más á tanta gloria? Sí, cristianos, porque la gloria de María es, como la luz del sol, inagotable, y *no hay quien se sustraiga al calor* benéfico de su vida eternamente perdurable y fecunda¹. Porque esta humildísima criatura, según los planes bien conocidos de la Providencia, está destinada á ejercer el más alto y bienhechor influjo en la suerte, no ya sólo temporal sino eterna, de la regenerada humanidad. De manera que, bien considerada la misión que el cielo le ha confiado, María es, sin disputa, el personaje más importante de la historia, después de su Hijo, el Redentor. ¿Cómo es, sin embargo, que una gran parte de la familia humana se obstina en no reconocer y acatar las preeminencias de la divina Señora? ¡Ah! se comprende muy bien que no las reconozca el mundo siempre cegado por el orgullo, el mundo que no quiso abrir los ojos para reconocer á Cristo-Rey², el mundo de ayer que le afrentó en un patíbulo, y el de hoy que le injuria con sacrílego desdén. Ese es el ciego y el rebelde que no acepta la intervención de

¹ Ps. 18, 7.

² Et mundus eum non cognovit (Io. 1, 10).

María en sus destinos. En cuanto á la gran masa de hombres que forma la cristiandad, no vacilo en afirmar que todos á una voz aclaman á María, como los israelitas á la heroína de Betulia: *Tu gloria Ierusalem, tu lætitia Israel, tu honorificentia populi nostri*¹.

12. Valga por todo otro argumento la aclamación inmensa que hoy se eleva del fondo de millones de almas en forma de cánticos, oraciones y suspiros á la Virgen Nuestra Señora del Carmen. ¿Qué necesidad tenemos de otro testimonio para acreditar la importancia de María en la historia de la humanidad? Hablo, es verdad, de la historia íntima, de la historia de las almas, de preferencia á esa otra historia exterior, civil y política, en la cual también influye la Soberana de cielo y tierra, más de lo que acaso creen los que no ven la acción secreta de la Providencia en la marcha de los individuos y de las naciones. Pero, no ésta, sino aquélla es la que debe sobre manera interesarnos, porque es la que abraza los sucesos de eterna trascendencia, mientras la historia exterior se limita á hechos de importancia pasajera como el tiempo. Otra vez nos conviene colocarnos en el terreno elevadísimo del orden sobrenatural para comprender la alteza del encargo reservado á María, como á la primera de todas las criaturas. La misión de María es la de llevar á puerto de eterna salvación á la desvalida y desatentada humanidad. *¡Sálvanos, que perecemos!*² es la voz que hoy lanzan esas muchedumbres de almas cercadas por todas partes de tinieblas y tormentas, combatidas por el oleaje de furiosas pasiones, arrastradas al fondo del abismo por la corriente casi irresistible del mal. *¡Sálvanos, poderosa Señora y*

¹ Judith 15, 10.

² Matth. 8, 25.

Madre dulcísima del Carmen! es el grito de tantos pechos afligidos, ya por angustias temporales, ya por miserias y padecimientos de otro género, más graves y penosos que los físicos. ¿No es ése también el clamor que se eleva de todos vuestros corazones en este gran día, habitantes de la religiosa Colombia?

13. Y ¿en qué cifráis vuestra confianza? ¡Ah! bien cimentada la tenéis en lo que hace un título más de grandeza para María, y pone el sello á su importancia: en su bien acreditado poderío para socorrer á cuantos necesitados la invocan con la milagrosa advocación del *Carmen*, y en su ilimitada bondad para escuchar todas las súplicas y enjugar todas las lágrimas de sus devotos. ¿Cuándo ha desfallecido el poder ó la misericordia de Nuestra Señora del Carmen? Decidlo vosotros que le debéis la salud, la fortuna, la honra, la tranquilidad, la vida salvada, en cien casos, hasta por obra de milagros. ¡Ah! ¡pudierais hablar también vosotros, habitadores del cielo, para descubrir á un pueblo ansioso de honrar á su Reina, los milagros de la gracia, á los cuales sois deudores de vuestra eterna salvación! ¡Á cuántos de vosotros tendió ella su mano salvadora al borde del abismo, en el paso peligroso de la eternidad! ¡Á cuántos de vosotros acortó el plazo de la tremenda expiación y alivió las penas del purgatorio! ¡Á cuántos...! Pero ¿para qué insistir en lo que todos sabéis? María es la primera entre todas las criaturas. Á ella sea la gloria, á ella el honor, porque en sus manos puso Dios la felicidad del hombre en el tiempo y en la eternidad. ¡Qué ella bendiga en este gran día á su querida Colombia, á sus devotos, á los infatigables promotores de su culto! Así sea.